

ENERO-JUNIO 2023 | No. 13

ÓCLESIS

VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO

CHILE - ESTADOS UNIDOS -
PERÚ - PUERTO RICO - MÉXICO

Índice

4. Editorial
6. Los sobrevivientes no disfrutan
8. Preludio a la ciudad
10. Entre el consumidor ciego y el poeta pobre: las bibliotecas
13. Tlahualilo
15. Glosa
16. Inútiles horas de vida, absurdos minutos con alas (Fragmento)
18. Bitácora
23. Captura y liberación de lepidópteros
24. De la permanencia a lo efímero en la propuesta artística de Víctor Mora
28. Placer
31. Canción de cuna
32. Emigrantes
34. Epifanía en el Snobismo
35. Morir en otro
36. Cesión de derechos
37. Impronta por un cariño
39. No escuchar mal
40. Ariete
42. ¿Un socialismo sin Marx?



Portada y obra gráfica: Víctor Mora

www.victor-mora.com

Coordinador editorial: Hugo Israel López Coronel

Editor: Román Esaú Ocotitla Huerta

Diseño editorial: Jennyfer Ramos Gómez y Román Esaú Ocotitla Huerta

Consejo editorial: Penélope Astudillo Albarrán y Jorge Luis Gallegos Vargas

Consejo consultivo: Tirso Castañeda, Gilberto González Morán,

Montserrat Morales y Francisco Nocedal Segrete

Contacto: oclesia.mx@gmail.com

Registro en trámite

Publicación semestral

Licencia Creative Commons:

Atribución-NoComercial-SinDerivadas 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

Editorial

Por *Iraís Rivera George
México

Pensar que las palabras y los espacios son ideas alejadas, es una afirmación un tanto ingenua; los espacios, al igual que las palabras, denominan, significan, hacen patente y tangible lo que nos rodea; no mencionar, no nombrar, implica la ausencia, la no existencia, mientras que el espacio, si no se nombra, no existe y no se puede habitar. Por lo que la palabra engendra espacios y éstos, conforman y restringen nuestro ser; así, este número 13 de la revista Óclesis, no es otra cosa, que un recorrido de esos espacios que nombramos, de esos topos literarios que habitan la memoria, las pesadillas y resquemores.

Abrir los ojos y levantarse para repetir el eterno ritual de la cotidianidad que nos recuerda que somos simples sobrevivientes del hastío ante una realidad cruel y angustiante; donde lo más mínimo se convierte en un ritual que nos prepara para el día a día; donde el café nos distrae a sorbos, dándonos una ligera ilusión de remanso... (“Los sobrevivientes no disfrutan”) alejados de esa ciudad, esa ciudad sin nombre, que puede ser cualquiera y que parece devorarnos entre sus fauces-calles, infames y desgastantes, que se alimentan de nuestras vidas. Para después, hundirnos en ella, mientras nos consume y acaba, hasta decidir dejarla, mientras injuriamos su naturaleza, con la esperanza de ver el dolor que nos ha infundido (“Preludio a la ciudad”).

Pero, afortunadamente, estas ciudades sin nombre aún cuenta con espacios de resistencia, donde la memoria escrita en libros, se debate contra el capitalismo y la mercadotecnia, que permite el florecimiento del capullo del libre albedrío y el verdadero amor por la literatura, ante la avaricia intelectual del acumulamiento de textos digitales que nunca leeremos ni comprenderemos, pues el alma de la literatura está en el objeto libro, que nos acerca no sólo al mundo de los autores, sino a la materialización de las palabras, su época y sus olores y que se conecta con memorias de toda la vida (“Entre el consumidor ciego y el poeta pobre”).

Y así, la memoria nos recuerda la muerte latente, que nos murmura en el oído ante cada escena del hastío cotidiano, como un acto de rebeldía ante la podredumbre, el aburrimiento de lo eterno; como esa liberación que nos arrojará de las fauces de esta ciudad, de esta realidad (“Tlahualilo”).

En este transitar, también podemos encontrar lo absurdo, lo inexplicable; escenas de terror que nos significan la sensación de aislamiento e incomprendión, un hombre que no se puede comunicar, sin voz y una lengua que ha quedado sin dueño, pero que continúa viva. Provocando el terror de quien no puede decir nada, pero también el desconcierto de quien no puede entender lo que ve... (“Glosa”). Estas páginas nos llevan de la mano por los caminos de “Clima, salud del bolsillo, homicidios, suicidios y catástrofes naturales” que llenan los medios de comunicación, como hechos banales e intrascendentes, carcomiendo de a poco nuestra humanidad... (“Inútiles horas de vida, absurdos minutos con alas”) nos convierte en seres con infinitas personalidades, seres desprogramables que poco a poco pierden la memoria, como si huyeran de sus demonios... (“Bitácora”) como mariposas que se esconden en la noche, mariposas que son la metáfora de la inspiración y las ideas que vagan aleteando sus alas, rompiendo la oscuridad, para ser tomadas y capturadas en un poema que tal vez quiera ser leído (“Captura y liberación de lepidópteros”).

Pero, dentro de este andar, también encontramos un remanso, un espacio del arte propuesto por la obra plástica de Víctor Mora, llena de recovecos, colores y caminos que nos muestran el horizonte del goce y la crítica, del carácter nómada necesario de la obra, pululando entre diversas técnicas y métodos, para evitar el estancamiento; lo que nos permite un respiro al encierro de lo establecido.

Pero, retomando el camino, este volumen nos lleva a un espacio más íntimo: el deseo, un deseo dormido y aletargado en un cuerpo avejentado por la resignación, por el deber y el asco, que despierta y aviva con la presencia de otro cuerpo que ocupar, que llenar... (“Placer”).

Esta décima tercera entrega de la revista Óclesis no fue, no es, no será, sin usted, viandante sobre estas páginas que nos invitan a adentrarnos a las conglomeraciones artísticas de nuestros invitados a este artificio... ¡Adelante, pues!

Los sobrevivientes no disfrutan

Por *Odile Rothbart (Ivonne Moya González)

México

Desperto tan llena de sueño, de insomnio, de irreparable cansancio. Abro los ojos y, antes de ver, ya tengo la necesidad de correr, de salir huyendo, de estar lista para el ataque o la defensa, pero frente a la cama, no hay más que un cuarto vacío junto a las ruinas de un pasado a medias que me aprisionan el respiro contra una almohada empapada de sueños.

Con dolor me muevo para hacer pasar el entumecimiento de permanecer con los ojos cerrados por largo tiempo. Lentamente me acerco a encender la luz, aproximación a alejarme de esa oscuridad aterradora que llevo dentro... Me hundo, me ahogo, perezco...

Solo el café me explica que no son más que sábanas y cobijas, pues calma me brinda la caída del agua caliente, tostada, oscurecida, que sin prisas se llena y se detiene en el momento oportuno. Si por lo menos fuera así la vida, sin derrames.

Solo una taza al día, la cual preparo como quien carga sobre el hombro a un juez minucioso mientras se sirve leche y azúcar. Miedo me da que me derrita, me desborde, que me convierta en el infante llanto, por eso, ya casi frío, lo tomo cual elixir mágico que resuelve los conflictos; como el amor que tanto deseo, pero con la calma que tienen esas personas que no quieren lastimar su anhelo; o como aquellas otras que se meten poco a poco al agua para atemperar su cuerpo.

Goce, suspiro, sorbo y sosiego. Los sobrevivientes consumen, me dicen, pero cada mañana disfruto una taza de café, tranquila y pausadamente para que no se acabe. Como todo lo fugaz que sucede al despertar o al cerrar los ojos.

*PSSP Lic. Psicología Clínica quien ha publicado obras de poesía en prosa y narrativa en las revistas Licor de cuervo No. 3 y en Black Fish No. 1 bajo el pseudónimo de Odile Rothbart.



Preludio a la ciudad

Por Alejandro González Espinoza
Chile

Tanto han dicho de ti tanto,
que casi tengo miedo de tu nombre,
Ciudad.

Atiborrada y distante,
magnífica y decadente,
tu presencia supera toda intención,
superá mi perspectiva
y la desconocida historia
de mi linaje muerto.

Primacías jamás cosechadas tus luces
amistades que agonizan
al ras de rincones comunes
casi tan corrientes como los mismos recuerdos
que pretenden bajo tus calles ocultarse.

En ti se hicieron polvo mis días,
en ti mis manos enrojecieron,
se arrugaron mis ojos
entre muchedumbres ignorantes
de mis ojos arrugados,
de mis manos rojas
con la sangre
de los espejismos mutilados
y enterrados a medias

en algún sitio baldío,
donde ahora se alza un edificio
repleto de nichos negros
nacidos del luto y la desgracia impávida.

Hoy parto de ti con mi palabra sangrante,
hoy rompo el silencio que me impusiste
con el primer campanazo del alba,
desde el primer llanto y su milimétrico trajín
acumulando tizne sobre mi piel,
acumulando horas extra sin poesía,
juntando rabia bajo mis uñas
que todavía escasas mis uñas se rompen
sin poder rasgar tu rostro indiferente.

Te dedico esta injuria ciudad sin nombre,
te dedico la ofensa de un ocaso
más allá del laberinto de la bestia,
más allá de la cueva
donde habita la incertidumbre disfrazada de rutina,
lejana ciudad en la raíz de mis cabellos.

Te dedico esta injuria
porque quiero verte llorar,
a ver si con eso demuestras tu dolor,
a ver si con eso demuestras
que algo de nosotros queda
en el mugroso resto de tu muralla.

Te dedico esta injuria ciudad sin nombre
porque te quiero y debo.

Entre el consumidor ciego y el poeta pobre: las bibliotecas

Por *Iván Duarte Sánchez

México

Sentaos, por tanto, en amistad sincera, y sin reparo
disponed de cuanto pudiere dar alivio a vuestra angustia.

Shakespeare, *Como Gustéis*, Escena VII, Acto II

Las bibliotecas son espacios de resistencia y rebeldía, resistencia ante el olvido y rebeldes al hiperconsumo. Ahora que los poetas del ciber-abismo se esfuerzan por fragmentar y hacer más perezosa nuestra memoria, al tiempo que nos venden productos cada quince segundos, las bibliotecas salen victoriosas como un barco triunfa sobre el vendaval del mundo, el cual, por cierto -tengo la sensación- se ha hecho pequeño. Hoy cualquiera que abra una cuenta en (elija su red social preferida) se pierde entre tanta publicidad. Conocí a un hombre que seguía anotando en su libreta poemas, capítulos completos de novelas, libros de investigación o cuentos. Era un copista perdido en nuestro siglo, pero que reflejaba el fiel espíritu del espacio al que iba a robar el fuego eterno de Apolo. Luego compartía sus reflexiones con sus amigos y ningún cuervo lo castigaba por eso. Junto a él se podía ver más allá de lo evidente, porque contaba con el arte de hacer brotar la luz oculta de las cosas. El mundo nos abría sus alas.

Afuera, el aire es cada vez más denso en las calles remendadas de publicidad auditiva, pero sobre todo visual. ¡Compra o no serás nadie!, nos gritan las pantallas verdes. Pero en las bibliotecas esos chillidos se desvanecen, no tienen entrada. Aquí, nadie está obligado a comprar nada, pues se sigue usando la vieja costumbre del préstamo, es decir, la confianza entre los hombres -que se burocratiza para tener cierto orden. La institución presta su espacio y herramientas, ¿tú prometes seguir el espíritu de libertad que coloco en tus manos? Convengo, dice el lector. La libre adquisición del conocimiento navega y hace navegar a los usuarios del recinto. Ni siquiera las ideas de los autores son aceptadas a la primera, o rechazadas, se sigue el curso natural en tales casos: vamos a ver qué tienes que decir y cómo pienso al respecto. De ahí que el silencio sea necesario en las bibliotecas, silencio para escuchar las voces dormidas



y no la de uno mismo como piensan los usuarios de Tik tok. Por cierto, alguien debería hacer un análisis del silencio en las bibliotecas, pues es muy distinto al aire triste de las funerarias, así como al de algunos salones de clase o salas de hospital. Aquí todos guardan el silencio alegre de la primavera en flor o del reverencial otoño.

Quien esté rondando mi edad, la edad del hombre, habrá notado lo opresivo que es no cargar ni un peso en los bolsillos. La pobreza nos paraliza, más si eres estudiante. Qué alivio encontrar un lugar donde nuestro deseo de pensar, reflexionar y crear no se ve limitado por la inexistencia de una cuenta bancaria a nuestro nombre. La institución encargada de la democratización del saber debería poner más empeño en mejorar las colecciones, así como los espacios consagrados al libro en cualquier rincón del mundo, pero sobre todo en Latinoamérica, para que ningún estudiante o joven en potencia de ser sabio, se vea disminuido por la lejanía o incuria del Estado. El mismo espíritu público de las bibliotecas nos impulsa a poner freno a esta desigualdad.

Ya sé que existen las bibliotecas virtuales, incluso algunas donde puedes descargar libros de este año, todo gratis, pero aquí no sólo pierden los

*Egresado de la carrera de Filosofía por la UNAM, FES-Acatlán. Actualmente es docente a nivel bachillerato, donde imparte las materias de Literatura y Filosofía. De igual modo, ha desempeñado puestos en el área de Cultura de algunos municipios del Estado de México.

escritores (no me refiero a Homero, que jamás recibió regalías, pero sí a sus traductores y editores actuales) y toda la empresa del libro. Además, el espacio virtual supone que hay acceso a internet, una máquina donde leer, o en su defecto, presupuesto suficiente para llevar a imprimir y engargolar. Que sigan existiendo estas bibliotecas electrónicas, pero que a la par se designe presupuesto para las bibliotecas tradicionales; que en verdad se apoye al creador y traductor, al encuadrador y editor, trabajos por demás insustituibles, pues son ellos quienes cuidan que las ideas sean atractivas hasta en su forma tangible de libro. No veamos a esta extensión del alma, el libro, como una roca inerte que está ahí haciendo estorbo. Ahora que las imágenes dominan el discurso, es más fácil maravillarnos con el proceso creativo y con el orden sagrado que conlleva hacer, publicitar, organizar un libro. No pretendo que se lean mil libros por año, pero sí que su acceso se facilite. Que seamos más libres para poder leer y educarnos, o como Iván Illich deseaba (2011): que el hombre no dependa de las escuelas para llegar a saber, que se desescolarice la sociedad.

En casa de mis abuelos, donde crecí y me malcrié, el estante era pobre, pero sustancioso, como la comida casera. Había sólo seis libros, dos de ellos eran manuales, uno sobre las instalaciones eléctricas, el otro sobre el cuidado y optimización de las granjas porcinas, los restantes eran *El viejo y el mar*, *Comedias de Shakespeare*, *Los de abajo* y una *Mínima historia de la revolución mexicana*. Hay saberes que son útiles, hasta ventajosos, otros son más bien insobornables, por ello esenciales para saber, así, a secas. ¿Saber para crecer? ¡Claro!, recordemos que poseemos una segunda naturaleza inclinada a la verdad. Saber es un acto tan riguroso como el que más.

Luego, así como el pobre se siente limitado o el encadenado se sabe esclavizado, quien no aprende y está en disposición, pero sin recursos se siente ciego, sordo, mudo, falto de miembros y aún escucha marchitar sus fuerzas en la oleada del consumismo y el olvido, mientras se transforma en un marginado de la palabra con acceso al infinito. Pero algún marginado con amor por el saber, rebelde, -lo llamaría yo- le grita al mundo: ¡No pienso ayudarte a mi desgracia poniéndome a hacer nada, como tú quieras, ahora mismo voy, y bajo el amparo de mi poeta, redescubro el mundo, el mar, los peligros del hombre! Entonces algo maravilloso ocurre, el rebelde encuentra cómo resistir el flujo de la historia: con disciplina, que es el deseo de ver la unidad del mundo. Pero la entrada está ahí, en los libros, en las viejas historias que nacen del asombro platónico y no del maquiavelismo ni del fordismo (Huxley, 2009). Leamos con afán de verdad, así comprobaremos que quizá baste con saber un par de libros -de corazón como quería Santo Tomás- para ponernos en acción, para sentirnos acogidos en tierra fértil y florecer. De otro modo estaremos entre el obsesionado por descargar libros que nunca leerá y el marginado de la palabra que no escucha a nadie, ni a sí mismo.

Tlahualilo

Por *Jesús Armando García Ureña
México



La primera idea que vino a mi mente al ver el cuerpo moribundo fue una imagen muy lejana en tiempo y lugar. Un día helado en la Piazza Carlo Alberto, Nietzsche se abalanzaba a proteger un caballo que era golpeado por su cochero. Esa imagen lejana, entraba a mí a partir de los hechos que eran testigos mis ojos. Como toda la turba que se había congregado frente al susodicho casi cadáver. Quizás para ellos otras imágenes rellenaban sus cerebros. Algunos con más frenesí que otros, algunos tal vez con una genuina preocupación. No lo podría saber. La verdad yo era un ser extranjero. De hecho, yo no debería estar aquí en este momento, en esta festividad arruinada, sin embargo, mi cuerpo, incapaz de alejarse seguía pendiente la escena. Mi mirada se posaba sobre la polvareda, la gente reunida bajo el sol abrasador. Mi esposa y yo nos acercábamos, como lo hacía el río de gente y que nos engullía hasta que nuestros cuerpos obtenían voluntad propia y se unían a la gente que acechaba la escena. No teníamos, por tanto, por qué sentirnos mal por echar un vistazo

*Diseñador gráfico de profesión, historietista, guionista, intento de escritor y lo que vaya apareciendo por el camino. Transeúnte de las calles de Torreón desde hace 30 años.

más. Con una observación exhaustiva eran claras las herraduras que se habían tatuado en la piel descubierta del susodicho. Como si al rojo vivo cada una de esas pezuñas se hubieran enterrado en aquel rostro. Un rostro desfigurado mostraba la fuerza de los animales, imparable como lo fue quizá el destino de tal tipo.

El páramo siempre me pareció una de las razones para no viajar al pueblo donde vivían los abuelos de mi esposa. Lejano y desconocido, la muerte siempre fue una razón para venir, funerales, días de muertos o si no estaba en nuestros planes, incluso hoy se nos aparecía juguetona y con un negro sentido del humor. Los kilómetros avanzan sobre la parcheada carretera. La insoportable monotonía que se asomaba a ambos lados del camino, también se extendía sobre el pueblo y las casas de adobe. Mas no era lo mismo de siempre. De camino a casa, manejaba intranquilo para volver a la civilización. Mi esposa no podía borrar la terrible imagen de aquel hombre. Intentó tranquilizarla, la convenció de que la ambulancia había llegado a tiempo y que pronto el hombre recibiría atención médica, todo resultaría bien, aunque yo sabía que no sería así. Al pronunciar esas palabras de alivio, los susurros de aquella gente agolpada frente a ese cuerpo hacían eco en mi cabeza. "No fue un accidente" "Fue un suicidio". Mis propias palabras frente a ese cuerpo también resonaron y rebocaban dentro mi cráneo. ¿Él solo y por su propia cuenta se les atravesó a los caballos? Entonces ¿se trató de un suicidio? Y esas preguntas me arrastraron entonces al mismo instante, como una polaroid grabada en mi pupila.

Los caballos galopan. ¿Los has visto correr? Si, desde niño. Cuando solía montar, cuando me ilusionaba ir a la guerra. Cuando estaba orgulloso del lugar en donde nací, cuando dentro de mí no había arrepentimiento o no me avergonzaban mi madre y mi hermana. Esto no debería afectarme tanto. El primer cigarro ahí va y el siguiente le espera lo mismo. Mi mente rebobina el mismo instante y después, nada. Una carrera de caballos, un pueblo reunido, fiesta, jolgorio ¿Dónde moriste? Al arrojarte hacia ese pobre caballo o antes de rendirte hacia la estampida ¿Por qué? Sí, la gente rugía, sin embargo, ya no estabas aquí ¿Para qué existir? El polvo o la niebla te habían escondido, difuso, eran mejor disfraz que tu sombrero y tus botas. Luego imaginaste como era vivir la misma vida otra vez, aun así, avanzaste con ellas hacia adelante. ¿Qué era morir? Un proceso, no, un acto de rebeldía, hundirse en el ocaso. ¡No lo sé! Turín no era Tlahualilo y esto no debería afectarme tanto. Todo esto está agarrado con pinzas. Pero yo lo vi, vi su decisión de morir. Tan clara y punzante que mi alma era aplastada por su galope. Cenizas vuelan, incendian el espacio, la oscura noche. Luciérnagas vuelan, arden, se desintegran. No queda ninguna bacha, solo ese aroma a tabaco que aleja a los mosquitos. Ahí va otro cigarro y con ella mi calma, ahí va la noche entera de vuelta a casa.

Glosa

Por *Francisco Daniel Guzmán Obeso
México



Repetes las frases insensatas una y otra vez. No paras de hablar. El absurdo se apodera de todos tus sentidos; y en especial, del habla. Tu lengua, músculo vital, se exaspera y parece que boxea contra la nada. Buscas expresar algún significado, un concepto, algo que tenga razón y lógica. No lo logras. Nadie comprende lo que sale de tu boca inútil. Agitas los brazos como queriendo explicar tus fonemas débiles sin coraza, sin esencia. No hay significado, nadie comprende tu copiosa e incesante verborrea. Cierras tus labios por momentos, volteas a ver a todos; ellos te observan absortos, como perdidos en el mar del conocimiento metafórico que tú intentas transmitirles. Vuelves a emitir con más fuerza tu discurso, ahora sin sonido, logras causar impresión y sobre todo pavor. Tu lengua rebelde se ha despegado una vez más y se arrastra por el piso hacia la audiencia atónita que, como tú, no encuentra significado.

*Catedrático en UABC. Es maestro en Estudios de Literatura Mexicana por la Universidad de Guadalajara. Clásico profesor de literatura, bibliófilo y apasionado de las humanidades.

Inútiles horas de vida, absurdos minutos con alas (Fragmento)

Por *Óscar Édgar López

México

I

Dado que el peso de la existencia es la ingratidez:

caemos en el tiempo; en el tiempo estamos
envueltos con la manta arácnida de la incertidumbre,
así, igual a un pollo rostizado:

damos siempre las mismas vueltas a las vueltas a las vueltas:

Clima, salud del bolsillo, homicidios, suicidios y catástrofes naturales.

Por eso Nachito se colgó del techo de su recamara.

Ya que invariablemente habremos de morir, Ignacio adelantó el suceso, puso pausa al video, tomó las llaves y salió a la tienda; mamá no vio nada extraño:

“pensé que había traído un refresco, como otras veces, yo estaba preparando la comida; después lo llamé, pero pasaba el tiempo y no bajaba, pues subí y ahí estaba: pendiendo del techo, con una soga amarrada a su cuello, con su cara de ángel, sus rizos rubios, su carita de yeso, en dolor del mundo extasiada.”

Como suponemos a la tierra un ente tangible, cuya existencia es incuestionable por los sentidos, la vida en y desde la sensualidad, nos confirma:

que los dones del vino y la droga escancian de dicha las tristes horas del tormento de vivir y que el goce de los cuerpos es, sin dubitaciones, el fin último de todo cuanto existe:

Clima, salud del bolsillo, homicidios, suicidios y catástrofes naturales.

IV

Soy la tumba de un atropellado;
de él puedo decir que es un tipo cohibido,
habla poco, tiembla mucho.

Debo decir, también, que entre mis deberes de sepulcro
se encuentran: el cobijo y la ternura del abrigo,
la seguridad de un abrazo fraternal,

Y el infinito germinado del amor desmentido.

V

Duérmete y suéñate:
en el sueño eres libre,
no has parido a nadie,
ni al día ni a la noche,
ni a la portentosa muerte,
ni al minuto uno del recién nacido;
esto me permite volver a germinar
en el crecimiento de otro útero,
el del tiempo.

Pero nunca más seré ese bebé asesinado,
no estaré en los brazos de mi madre,
ni en las garras voraces de mi asesino.

Solo en este sueño hondo, donde todo es oscuro.

*Escritor y pintor. Licenciado en letras y Maestro en Investigaciones Humanísticas y Educativas, ambas por la UAZ.

Bitácora

Por *Alán Menchaca
México

I

— ¡Me lleva la chingada contigo, Samuel!

Julián gritaba, agitado, casi ahogándose. Se contorsionaba como un epiléptico. Sufría fracturas en los huesos de las extremidades. La frente más brillosa que la de un atleta profesional. Sus muelas galopaban de frío. Las piernas enmarañadas y ahorcadas por sábanas. Notó un sabor a pilas (sí, les dio lengüetazos a algunas), sensación muy parecida al sabor que cruce en las mejillas cuando hueles tubos de los camiones. Tan desagradable, mucho más que escuchar (y mirar) a alguien abrir la boca, introducir una cuchara, no cerrarla, girar con el pulgar y el índice la metálica pieza para que choque con los dientes.

A veces mordía su lengua. Era preocupante.

Julián sueña con pasillos ondulantes, pantanosos, escurridos. Son largos, infinitos. ¿Cómo puede ser esto si la luz no escapa a la colossal gravedad?, si un puntito luminoso se burla de él... bueno, ¿cómo existe tal escenario?, ¿para qué?, ¿por qué?

Las aterciopeladas paredes aparecen del mismo color. Rojo, muy rojo, tanto como un licuado de crayolas con jugo de granadas de base. Supongamos que todo eso es reducido a un tinte finísimo y caro. Una gota bastaría para atravesar la piel mejor curtida y más gruesa. ¡Sería tan especial! Ni todas las crayolas de este mundo alcanzarían a pintar los incontables muros. ¡Todo, todo esto debería ser de otro universo!, ¡oh, la belleza destructiva, la magnificencia del caos!

Es solamente por las colisiones estelares que se regenera el orden. Nuevas leyes aparecen y seguramente otras civilizaciones, arrogantes e ingenuas como nosotros habitán las nebulosas purpúreas.

Dentro de su onírica pecera, nadaban ángeles con alas cosidas y ojos incontables. Los cielos apestaban a aleteos tristes y agonizantes...

— ¡Ya cabrón!, ¡ya déjame!

En ese momento, con esa maldita exactitud, como un chispazo, un chasquido aplastante invoca a ese ser malévolos. ¿Quién es? No sabe. ¿Qué hace? Joderle la existencia. ¿Tiene nombre? Sí, pero dice que no, aunque le llamó Samuel. ¿Lo sabrá? Es que, digo, a veces son tan reales sus sueños que ha desarrollado la inusual habilidad de semi conciencia. Con otras palabras, cuando sueña, sabe (supongamos le creo) que está soñando.

Entonces ¿por qué olvida el nombre de esa cosa rara? No todo está perdido, ha logrado describirlo, chance y también tú lo has visto.

— Es un robot (exhala inflando los cachetes).



- ¿Un robot?
- ¡Bueno, una máquina! (grita, levanta los brazos y mueve los dedos)
- ¿Cómo sabes que es una máquina?
- Pues, es de metal (pone los ojos blancos, como diciendo “¡ash!”).
- ¿Ya lo tocaste?
- ¡No chingues! Si cuando lo veo, lo primerito que hago es alejarme.

Corro y me escondo.

- Ya veo...

Debido a la inexactitud, tuve que pedirle lo dibujara. El resultado es una criatura híbrida, no sé, algo hecho con odio, a la fuerza, mal pegado. Parece un camión parado unido a combis, sus dedos son mofles soldados con metales pintados de azul, como el trabajo de “es que está muy caro, tengo un amigo que cobra más barato”. Creo que no es un camión parado, son tres ambulancias despintadas y sin llantas. Sospecho que oculta su verdadero aspecto. En fin, ahí sigue.

Julián despierta con un tono “vintage”, una musiquita de celular viejito, “ti ti ri ri ti ri ri ti ri ri”. Abre los ojos, oscuro. Mastica el mal aliento. Toca su labio inferior. Se limpia la sangre. Suspira. Encima el brazo en su rostro. Ya no es un logro sobrevivir. Lo que empezó como inexplicable, evolucionó a tortura. Hoy desayunará huevos revueltos. Como siempre, se hará tarde, comerá los huevos aún calientes, se quemará la lengua, soplará hacia adentro.

Tomará su teléfono mientras calienta tortillas para prepararse tacos de huevo. Paciencia. Le gustan quemaditas, con manchas negras. Doradas, que truenan cuando las dobla.

Espera a que carguen los datos, tal vez tiene notificaciones pendientes.

— Moriré y ni deslizarán la noticia. No soy famoso.

II

Mellina subió al metrobús. En las mañanas es más difícil entrar. Supervivencia, le llaman los biólogos. Entre esos salvajes, las palabras son inútiles. Pedir permiso puede hacer que te retrases hasta veinte minutos. La cortesía y los modales son prácticamente desconocidos. Dentro de los pequeños hornos articulados, las amebas gigantes, mejor conocidas como “humanos”, luchan más allá del orgullo y la muerte. Existe una subespecie de los vagones, los que usan audífonos. No es complicado reconocerlos. Basta con mirar a las orejas de los bultos con tapones, de los que impiden la circulación de usuarios. Son coágulos en las venas del transporte público y de la ciudad. Hacen como que no escuchan. Se plantan en el suelo y ni siquiera un “permiso porfa” los mueve, ¡hasta se enojan y lanzan codazos los simios lampiños!

Cuando ya te acostumbras, clasificas a ejemplares en iguales o peores condiciones de cautiverio.

Mellina era pelirroja, natural, cabe mencionar. Muy guapa, ella lo sabía. Con su corte tipo honguito daba un aire a vieja actriz teatral, de aquellos años olvidados en París. En serio te lo digo, solamente faltaba un lunar en la comisura izquierda y un cigarro delgadito para ser una dama imponente.

Creo que, si se lo propone, sería una “cosplayer” envidiable. Sin maquillaje, sin pelucas. Ella, ella y su perfección.

Evitaba las molestias de cargar el uniforme, ya lo vestía desde casa. Temerario, atrevido el pensamiento de ajuararse antes de trabajar. Si por desgracias extra a su control se ensuciaba, ya contaba con dos mudas en su casillero. Dicen que “mujer prevenida vale por dos”. Suena mejor “mujer prevenida, un poquito obsesiva”.

Para entrar al restaurante cruzaba la recepción del hotel... evitaré escribir el nombre, no me gustaría que te enteraras por mí en dónde trabaja ella.

Mellina sabía que nuevamente sería un día pésimo cuando chocó con un tipo dentro del vagón. El idiota estaba hacinado en sus audífonos. La miró, le sonrió estúpidamente y se agachó. Ese anónimo tenía mirada abisal dentro de ojos de ágata. Era un trastornado trazo de grafito con la sonrisa chueca y el cuello antinaturalmente torcido. Mellina sintió miedo y compasión en el estómago por el “pobrecito” fantasma con insomnio. Afortunadamente era viernes de pulquecito. Saldría por el estacionamiento directamente al bar. Todos pensarán que es una mujer interesante y ocupada. ¡Pura apariencia! Interesante sí, ocupada no mucho.

Quería olvidar todo lo acontecido. Nada mejor que embrutecer las neuronas y saciar las tripas. ¡La vida se negó a dar ese mínimo placer!, ¡pobre, pobre Mellina!

Escuchó goteos, ligeras palpitaciones profundas. Mareada, con los hombros gélidos y el vestido apenas sosteniéndose. En pie frente a la puerta. Desconocía cómo acabó en una habitación del hotel donde trabaja (o trabajaba, no sé). El instinto le susurraba “corre”. Obedeció, corrió. ¡Eso sí, bien atenta a las cámaras! Esquivando, evadiendo los láseres imaginarios logró salir. Descalza e insensible ganó paso a las luces verdes de cinco calles perimetrales al hotel. No encontraron pruebas para culparla. Cabello, saliva, ¡nada!

Es que todos las vieron entrar, pero a ninguna salir.

III

Ya no importa qué me suceda. Estoy sin esperanza. ¡Por favor, deja toda tu atención en estas páginas!, ¡permíteme una victoria!, ¡qué no sea en vano este extremo esfuerzo! Me debilito rápidamente. Cada suspiro me acerca a la desaparición, paradójicamente a la inmortalidad también. Desde aquí te escribo, ¡llora y laméntate sobre el porvenir! Nada es seguro. Nada es permanente. Vienen, no los vemos, ¡pero vienen!

En este lugar, perdón, en estos alrededores cercanos, en esta “estancia”, luchó por significar mi existencia. ¿Es mi desdicha la conciencia de los muertos?, ¿es mi estado el sueño delirante, la antena emanante de toda psicótica e incomprendida señal?, ¿aquí comienza la mente y termina el espíritu?

Las palabras son cerrillos húmedos, son palas sin puntas metálicas cuando trato de encontrar algo conocido. Mi cerebro escurre por la nariz cuando me esfuerzo apilando letras y palabras para aferrarme a lo humanamente comprensible. Todo es rojo, a veces cambia, azul, estrellas, rezos, voces. Otras veces líneas en fondo blanco. Caminar no sirve. Suplicar ¿para qué? Nadie escucha. No veo el infinito. Creo que mis párpados son más claros que la oscuridad.

¡Todo daría por embobarme en caminatas del centro! Era un parquecito. Durante las fiestas, es inevitable transitarlo. Recuerdo las fechas navideñas. Uno iba a la panadería, a formarse para conseguir bolillos. En las tiendas, igual, formarse para comprar la cena. ¡Qué te digo de los almacenes de telas y estambres! Revientan por tanta gente que busca la materia para suéteres, gorros y bufandas. Es una escena abrigadora, apapachable. Necesito pensarla, así, al calor de los recuerdos disminuye el frío de mi estado.

Lo admito, no siempre iba con intenciones de comprar algo. Algunas ocasiones quería provocar encuentros, ver a conocidos, compañeros de la escuela, amigos y vecinos. Tener la típica plática...

- ¡Qué onda contigo!, ¡ya o apenas?
- ¡Ojalá! Apenas voy. ¡Y tú?
- Gracias a dios, ya quedó (levantará sus bolsas con bolillos)
- ¡No ma! Te quedarás aquí, ¿verdad?
- Sí. Es que no encontré pasaje pa' salir.
- ¡Qué chido verte!
- Igual.
- Bueno, pues me apuro o me dejan sin cena.
- ¡Sí! Córrele.

— ¡Va!, ¡feliz navidad!

— ¡También para ti!, ¡feliz navidad!

Extrañaré los noticieros que solamente sirven para dar notas de fin de año, de navidad y día de reyes. Pasan los años y son las mismas tomas, los mismos elotes, los mismos niños corriendo en las ferias que obligan a buscar calles libres, la misma tristeza. Van a los mercados a preguntar cómo pasarán las fiestas. Los escenarios son invariables. La programación es igual. Vecindades, casas amarillas, apología de abusos y desigualdades, ¡cómo si este país estuviera inerte, atrapado en un radio!

¡Sí, lo admito! Vergüenza me falta. Extrañaré a los imanes de las pizzas. Es que con cada compra me regalaban un imán. Conté ocho. Mi objetivo era llenar la tapa superior del refri.

Extrañaré comprar en los súper. Los olores a galletas, a papel higiénico con manzanilla y el congelante aire de lácteos y salchichonería.

Todo pasa muy rápido aquí. Agarro los recuerdos. Los pesco y amarro a mi cinturón.

Es como si me desprogramara. ¡Quiero hablar, pero no me responden las palabras, la lengua de desprende y pienso en gris!

Te explico esta sensación. Le llaman “lo tenía en la punta de la lengua”. A diferencia de los lapsus, olvido la intención de hablar y termino por gruñir. Olvido respirar y termino girando como helicóptero sin hélice. Todo, todo es sin intención. Despierto del trance para descubrir que estoy haciendo cosas que no quería, ¡ni siquiera sé que buscaba lo contrario!

Se siente igualito a ser aplastado por toneladas de papel mojado, sin reconocer la causa, permanencia y resignación.

Estoy olvidando. Me sucede (actualmente con terrible frecuencia) que desconozco mis manos. Las veo, pienso en cables, en tubos de escape, no, ¡yo no soy una máquina! Cambio imágenes. Lápices, pinceles, brazos de botellas, muletas de caballete. ¡No, ese no soy!

Ramas, máscaras de demonios japoneses. Toco mi rostro para verificar. Desaparece el tacto.

¡Grito mi nombre!

¡Me recuerdan!

¡Aquí estoy!

Ahora los recuerdos son sardinas asfixiándose, más tarde serán marchitas rosas amarillas.

No huyas, por favor. Confía, yo no quiero lastimarte.

*El autor actualmente se encuentra realizando el servicio social de la licenciatura en Psicología Clínica. Aficionado a escribir cuentos y versos poéticos. También a la fotografía y pintura con acuarelas.

Captura y liberación de lepidópteros

Por *Daniel Vega Tavares

México

Libero
mis poemas
no por creerlos
terminados.

Pero también he buscado
la belleza
en la agonía.

Doy a mirar mis poemas
cuando creo
que quieren ser vistas
las mariposas.

Un tiempo se arrastran,
se me caen
de los árboles.

Un día de la metamorfosis
sus alas
son fuertes y peregrinas
y con sus lenguas largas
en el silencio de las flores
indagan.

Vuelven por las noches
a anidar en mi garganta,
treman quedito al batir sus alas
y se unen al coro
de los encinos
por la mañana.

Si bastara con mirarlas
no las capturaría.

Pero me habitan
dulzuras e inmundicias
deseando ser besadas.

*El autor es estudiante de derecho en la BUAP. Realiza divulgación cultural y promoción de la lectura. Ha publicado textos literarios en la revista Primera Página.

De la permanencia a lo efímero en la propuesta artística de Víctor Mora

Por ^{*}Jorge Luis Gallegos Vargas

México

La manifestación de las visiones personales, a través del arte, generan una interpretación a través de lo real o lo imaginado mediante el uso de recursos lingüísticos, sonoros o plásticos. Estas recreaciones deben llevar consigo una responsabilidad social y ésta es justamente la postura de Víctor Mora, el artista plástico que ilustra el número 13 de la Revista Óclesis, Víctimas del Artificio. El artista invitado inició su formación académica y artística en la ciudad de Guadalajara. Posteriormente, se especializó en gráfica en la Academia de San Carlos en la Ciudad de México y, posteriormente, en el doctorado en Imagen en la Universidad Autónoma de Morelos. Actualmente, tiene más de 22 años en la docencia dando cátedra en diferentes Universidades del país. No sólo se ha dedicado a la producción gráfica sino también ha trabajado en la construcción de planes y programas de diferentes licenciaturas, talleres y cursos.

Mora, desde pequeño, se acercó al arte a través del dibujo; su familia ha estado ligada al arte: su padre es músico, su madre es contadora, aunque le gustaba dibujar, su hermana es diseñadora industrial; asimismo, siempre se ha dedicado a estudiar: mientras realizaba sus estudios de secundaria ingresó a la carrera técnica de Artes Gráficas; en la preparatoria, estudió la carrera técnica en Diseño y Construcción y, por las tardes, estudió Diseño Publicitario Industrial. Después de terminar la Licenciatura en Arquitectura, Diseño Comunicación y, posteriormente, en la Ciudad de México, comenzó a impartir clases en Escuelas de Arte, licenciaturas en las que actualmente colabora.

La necesidad de profesionalizar sus estudios de licenciatura lo llevó a estudiar Diseño para seguir en el arte; esto le sirvió para integrar la investigación previa a la creación puesto que ésta necesita de un proceso metodológico para tener una producción sólida en la concepción del trabajo y en la producción, todo ello para que el arte tenga un sustento sólido.

Víctor Mora considera que la producción del arte no sólo es la elaboración de obras sino también en la creación de públicos, críticos, creadores,

^{*}Miembro del consejo editorial de la revista Óclesis. Doctor en Literatura Hispanoamericana por la BUAP. Docente en la Facultad de Ciencias de la Comunicación BUAP y en preparatoria Ibero Puebla.



gestores y productores; por ello, también, el arte, para este artista plástico, es un concepto muy amplio, puesto que depende de la visión del individuo donde se refleja el contexto que vive el artista. En este sentido, para él, el arte es permanente, aunque sea efímero puesto que quedan vestigios de él en videos, fotografías y contenidos que han servido en la creación de archivos; además, de ser una plataforma política y crítica por lo que la creación artística no puede quedarse callada, tal y como se puede apreciar en lo creado durante la pandemia, en la que los autores tienen algo que decir y refleja una vivencia cultural distinta, lo que lleva a generar situaciones distintas aun cuando las circunstancias sean similares: por ello, el arte tiene que ser algo más que un elemento ornamental o decorativo.

Mora conceptualiza el arte en dos universos: por un lado, el arte para ferias, museos, el producto de venta, el arte que carece de metodología, investigación y sustento; por el otro, existe el arte que busca la validación en museos, galerías y espacios universitarios; empero, el arte que se justifica no sirve puesto que la obra por sí sola tiene que trascender, siendo este uno de los principales problemas del arte contemporáneo.

Ahora bien, todo artista debe sostener una postura artística, mantener coyunturas, unirse a la protesta; para el también docente el arte debe ser contracultural, hasta que el sistema te copte a través de las becas, las secretarías y las restricciones en ciertos lugares; el arte debe fomentar la libertad a costa de las ideologías, con un elemento de aceptación, de equidad, donde las ideas son diferentes, tal es el caso de los moneros, quienes hacen visibles las noticias y su postura política, ya sea de derecha o de izquierda, que ayudan a entender la cotidianeidad.

El discurso artístico de Víctor Mora nace desde la propuesta de una metodología en la que se genera la idea de qué se pretende hacer a través del uso de técnicas como la lluvia de ideas, imágenes de stock, todo ello da sentido al autor para saber hacia dónde dirigir la creación, la técnica y cómo representarlo. También, ha hecho uso de su formación profesional para sustentar sus creaciones a través de recursos tecnológicos como las computadoras y las fotocopiadoras para crear sus piezas artísticas.

La obra de este artista siempre tiene vida; es decir, busca que sus piezas estén en exposición permanente en diferentes espacios, mientras la siguiente producción está a punto de ser expuesta. Según el autor, sus influencias van de la Bauhaus, los Estridentistas, el Pop de Warhol, así como los elementos publicitarios, la historia, los viajes, la música y personalidades como Cornelio García.

Te invitamos a conocer la propuesta visual de Víctor Mora en la página victor-mora.com, donde podrás conocer su producción artística, publicaciones y escritos, así como el trabajo que realiza en la Organización en Investigación de Gráfica Actual en México, OIGAME por sus siglas, espacio desde donde organiza exposiciones y se promueve el arte.



Placer

Por *Ailton Téllez Campos
México

Hace algunos años, un veinteañero había llegado al negocio. Se notaba que, por su esculpido cuerpo, se la pasaba todo el día en el gimnasio. Su cabello chino, pero reseco, y sus ojos verdosos, pero perdidos, no me dejaban para nada, en serio, nada, indiferente. Fue extraño haber sentido un poco de culpa por el cosquilleo entre las piernas que me provocó ese jovencito, pues en ese entonces yo estaba casado. Pero, a decir verdad, Patricia, mi exesposa, nunca me volvió a parecer atractiva después del descuido de una noche. Desgraciadamente, acabé atado a ella, tanto por obligación de su padre, como por mi miedo a morir de hambre en el porvenir.

Quince años atrás, edad que tiene mi hijo ahora, y espero, siga siendo el único que lleve mi apellido, fue cuando todavía vivía una etapa de descubrimiento sexual, donde me la pasaba metiéndome con todo lo que tuviera agujero. No me juzguen, tenía dudas que venía arrastrando desde niño y necesitaba resolverlas. Al final, me di cuenta de que me gustaba todo lo que me produjera placer; pero la obligación de traer a un bastardo al mundo, junto a una compañera de la carrera, proveniente de una familia con negocio propio, y yo, un tipo sin la reconfortante idea de obtener en un futuro la herencia de algún familiar millonario, me vi en la necesidad de hacerme pasar por un “hombre hecho y derecho”. Digo, prefería asegurar una posible estabilidad económica que seguir los fines de semana en los Glory Hole del centro, sabiendo que el lunes no iba a tener ni un quinto en el bolsillo.

“Así que sí. Don Mauricio, hombre curtido a la antigua, había metido a trabajar a su reprimido yerno al negocio familiar, con tal de hacerlo responsable y principalmente mantener lo mejor posible la imagen de su hija y la de toda su familia ante la sociedad. Porque qué vergüenza que anden rondando los chismes en la colonia sobre tu hija, la que se comió la torta antes del recreo y peor aún, la solterona”.

Teniendo como fuente principal una funeraria fuera del Hospital número 66, junto con un crematorio ubicado a orillas de la ciudad, pensé, por un momento, que solo iba a atender a familiares en llanto mientras les ofrecía el féretro de mejor calidad, como si estuviera en una agencia de autos. Pero Don Mauricio, con voz tajante, me había dicho que faltaban manos en el crematorio, así que, sin más opción, tuve que parar ahí. No fue fácil adaptarme a eso; De

desvelarme haciendo maquetas en la facultad de arquitectura, a triturar cenizas humanas en un molino, no fue cualquier cosa. Sin embargo, le tomé cariño al trabajo, ya que prefería la indiferencia de los muertos a tener que escuchar los reclamos de Patricia. Al inicio, tuve la estúpida ilusión de que su padre me pondría como gerente o lo equivalente a eso en el negocio. Pero la coronilla que se me iba formando en la cabeza tuvo un incremento más rápido que el pinche sueldo que me pagaba el mugroso viejo en vida. De ahí, una de las tantas peleas entre Patricia y yo. “Sabiendo que su papá cambiaba de camioneta constantemente y no tenía unos pesos más para el esposo de su hija”.

Por otro lado, la actividad sexual fue otro detonante de reclamos. No recuerdo cuándo fue la última vez, pero llegó un punto en el que no nos volvimos a tocar el uno al otro. A partir de que se alivió, con el dinero que le robaba a su madre, el cual, nunca compartió conmigo la desgraciada, se descuidó tanto que, estoy seguro, llegó a rebasar los 100 Kg. Sabía que no podía estar con caprichos, mi panza y arrugas ya no me lo permitían. Pero tampoco puedo negar que me producía asco el volver a casa y ver a tremenda cosa desparramada sobre la cama, entre platos y restos de comida. Y peor aún, exigiéndome que mínimo le metiera los dedos. Llegamos a la decisión de que los dos durmiéramos en camas separadas. Ella se quedó en la habitación y yo me fui al sofá/cama de la sala. Supongo que, al negarme a darle placer, se vio en la necesidad de producírselo ella misma. Porque en mi caso así fue. El problema es que mi mano y cualquier objeto fálico que usaba para satisfacerme ya no me era suficiente. Ganas, no me faltaban por darme una escapada con alguien, pero, con el paso del tiempo, había perdido contacto con muchas personas y el atreverme a ir a algún lugar del centro como lo hacía cuando estaba en la facultad, me causaba pánico. Principalmente, porque si se llegaba a enterar Don Mauricio, estoy seguro de que él, con la ayuda de sus compadres, como me contaba, hacían a los raros en su pueblo, me hubiera colgado de los tanates. Y, a decir verdad, mi atractivo ya era nulo, al punto de que, ni por hacerme el favor, me hubieran cogido si no era por dinero a cambio. El cual, muchas veces, me faltaba para mis gastos.

Pero esa noche, en la que llegó ese veinteañero de buen físico y cabello chino al crematorio: Sin la zozobra de haber tenido a un lado los gritos chillantes de una boca llena de restos de comida y la mirada decrepita de un ávaro. Solamente éramos ese muchachito y yo sobre el tibio mueble de metal. Con el calor del precalentado del horno y las ganas tremendas de meter mi cosa añea, después de mucho tiempo sin hacerlo en algo digno de llamar cuerpo, me hizo recuperar mis años de juventud que había perdido con Patricia.

*Realizador audiovisual, llevó a cabo dos Corto Documental: Mucha Mierda (2019) y Eduviges (2022). Ha publicado un par de relatos en la revista Primera Página.



Canción de cuna

Por *Rodrigo Castro Moral
Chile

Falta un cuarto para las dos de la mañana y Anita no para de gritar. Me acerco a la cuna y le pongo el chupete en la boca, pero lo escupe y lanza un alarido ensordecedor. Miro preocupado hacia la puerta, hacia la otra habitación. No quiero molestar a Alicia, que aparte de alterada debe estar exhausta. Tomo a Anita en los brazos y hago lo posible por calmarla. La mezo con ternura y le canto canciones de cuna. Arroz con leche. Mambrú se fue a la guerra. Un elefante se balanceaba. Pero Anita no para de llorar. Es más, pareciera que en mis brazos llora aún con más fuerza. Pongo los labios en su frente para ver si tiene fiebre y le chequeo el pañal por si necesita uno nuevo. Pero no. No tiene temperatura y está seca. Intento nuevamente ponerle el chupete, pero lo rechaza. Le doy golpecitos en la espalda en caso de que tenga un gas atrapado. Pero nada. Entonces le canto más canciones: Los pollitos dicen. Aserrín, Aserrán. La vaca lechera. Pero no hay caso. Anita aúlla con la ferocidad de una sirena.

Debe ser hambre, concluyo dándome por vencido, extenuado y nervioso. La llevo en puntillas al otro cuarto donde está su madre y al abrir la puerta, encuentro a Raúl bocabajo en el suelo, que ya no se mueve. Me acerco a la cama donde Alicia yace atada de pies y manos, mirándome con los ojos desorbitados de pavor. Cuando ve a la niña emite un gruñido ronco, contranatural, como de bestia herida. Yo le hago un gesto para que se calme, para que guarde silencio y entonces Alicia, presa del desespero, deja de forcejear con las amarras y asiente sumisamente con la cabeza.

Con mucha cautela me siento a su lado, al borde de la cama, tan cerca que puedo oler el dulce aroma que emana de su melena azabache.

Y lentamente comienzo a removerle la mordaza.

*Graduado de literatura en inglés y con un posgrado en bibliotecología. Se desempeña como bibliotecario académico en una universidad del sur de Estados Unidos. Ha publicado dos cuentos.

Emigrantes

Por *Luis A. Torres Muler

Puerto Rico

Entre un muro y otro muro

no mueren los sueños,

solo transcurren agazapados
en un rincón de la noche.

Viajan por la ruta de voces encendidas

o por los poros de la piel

o en las manos afanasas de estrellas

o en las huellas del camino.

Entre un muro y otro muro

solo queda humedad sobre la tierra,

el sudor marcado,

un charco de esperanzas derramadas

que alivia la sed de los cuerpos cansados.

De un muro a otro vuelan los pájaros

y las ansias de los días.

Pero no todo está dicho bajo este sol compartido

ni en el susurro escondido.

De un muro a otro

se esconde un mundo de ratas y el espesor de la infamia,

el celaje corporativo en cada ladrillo,

el zarpazo del capital,

y de un lado a otro

la fiesta de políticos con bolsillos abiertos

contando monedas y cuentas de vidrio.

Todo lo exhiben como un embrujo

que seduce con fanfarria y biombo de luces.

Para los que vienen de afuera

es el presagio frágil

en sus pies cansados.

Para los que quedan adentro

es la misma promesa inventada

con salario obrero en Wall Street.

De un muro a otro se encuentran los pueblos

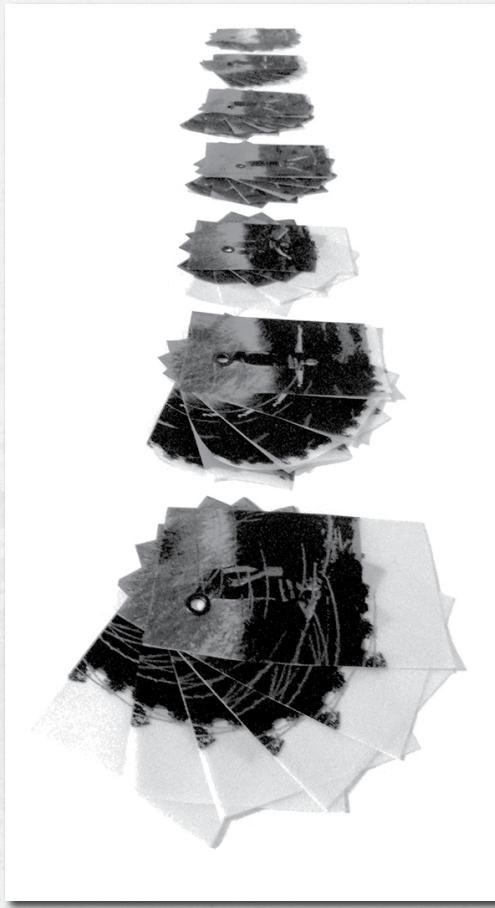
y en la esquina que los arropa

se cruzan los cuerpos y las miradas,

se descubren hijos del sol,
hijos de la lluvia y del viento,
del maíz fecundo y del surco extendido,
hijos del mar y de los peces,
del bosque y de los muertos que lo habitan
y hasta ellos llega el recuerdo milenario
de los versos tejidos en su ropa,
en sus manos llenas de callos,
en sus frentes sucias y polvorrientas.

Sí,

solo ellos entienden los besos de la luna sobre la tierra,
solo ellos conocen el ciclo de las olas
y el coro de insectos cantando en la noche.



*Miembro de Poetas en Marcha, un colectivo empeñado en la denuncia militante de las injusticias y en la reafirmación de las luchas libertarias de su pueblo.

Epifanía en el Snobismo

Por *John Alexis Alvarado Muñoz
México

En el tiempo discontinuo,
sin intermisión,
perenne en imágenes instantáneas del futuro,
allí, yacía.

Renuncio a mis voluntades.
Atormenta el incalculable.
Ingenuidad ante el monitoreo Autónomo...

Querida...
se torna intangible a mis sentidos.

Insípida,
¡amoroso idilio súbito!,
me duele.

El sometimiento del umbral clarividente lo advierte,
me quema.

Me azuzo con la Transformación hasta ebullir con ella.
Traidora, me embiste con otra condición,
ajena.

Atiborra mi hábitat para el abandono.
Encuentro el espíritu amorfo y entonces comprendo,
aderezas.

Estoy renunciando... ¿es este, el reconocimiento?,
¿es esto, la otredad?,
¿es esto, lo nuevo?

La desconozco más que nunca... Querida,
te tornas tangible... Querida,
te estoy mirando,
mejor que nunca.

*Narrador, ensayista, guionista, productor y director de cine.

Morir en otro

Por *Azael Abisaí Contreras López
Chile

Cesión de derechos

Por *Daniela Perlín Vega
México

Miro las plantas
creciendo
entre el asfalto,
se han callado.
Cada metáfora
me rehúye.
Silencio alrededor de la mariposa
que se escurre
alrededor de una flor,
imposible escuchar
el significado oculto.
Yo era poeta. Ya no.
El vocabulario,
algoritmos en máquinas.
Soy incapaz de escapar a la regla,
a las preguntas esperadas,
y a las respuestas predichas
por otras personas.
Últimamente
no hago más que repeticiones.
He fumado y de ahí,
humareda
sin secretos,
ninguna revelación.
No me di cuenta
que al entregarte
todos los símbolos,
todas las palabras,
todos mis misterios,
te cedí el derecho, también,
de quitarme, además,
lo único que me daba un sentido
y un nombre.
Poesía sigues siendo tú.
Sin embargo, yo... Era poeta.
Ya no.

*Licenciada en Filosofía por la Universidad Autónoma de Querétaro. Ha colaborado en Palabrerías, Monolito, Punto en Línea UNAM, Herederos del Kaos, entre otras revistas.

Impronta por un cariño

Por *Mirza Patricia Mendoza Cerna
Perú

Lo seguía a cada esquina, a cada rincón, a dónde fuera. Su negocio era arriesgado. Lo supe después: el día en que lo apuñalaron. Luego de eso creí que cambiaría de casa, de oficio y de vida. Él siguió ofreciendo, fortalecido por la herida cicatrizada. En las madrugadas era cuando más vendía su mercancía. A veces, yo lloraba de frío y de sed. Me palmeaba la cabeza y esa era la señal de que pronto iríamos a casa. Pasaron pocos años y su negocio creció. Ya no teníamos que estar en las esquinas atentos a que venga la policía. Recibíamos la visita de algunos oficiales que se decían incorruptibles. A esos los mataron en las afueras de la ciudad. Yo me enteraba de todo porque él hablaba frente de mí. De los huesos raídos pasé a las sobras de bife mordisqueado con restos de chimichurri. Fiel, le movía la cola, contento por el renovado banquete. Esos días de estar despiertos de madrugada habían quedado atrás. Me sentía pleno por momentos. Solo algo feliz, ya que sus preocupaciones lo alejaron de mí. No era cariñoso y paraba renegando. La red que manejaba estaba llena de traidores. Los debía mantener a raya. La policía corrupta le pedía más dinero. Entonces empezó a sufrir de migrañas y daba vueltas en la sala hasta muy tarde. Yo tenía la impronta de acompañarlo, despierto, alerta y fiel, siempre fiel a él. El sonido de las circulina de los patrulleros despertaba en él una furia que yo no entendía, pero que seguía con mis ladridos. Un día me gritó que me callase y como no le hice caso me dio una patada. Me fui a un rincón adolorido en mis carnes y en mi espíritu.

Con los días la situación se normalizó y el negocio siguió su bonanza. Las carnes más finas caían al suelo para mi deleite. Yo trataba de olvidar su maltrato y me esforzaba en comer con ánimo, hubo días que no probé bocado, yo le era fiel, pero también tenía dignidad. Empecé a anhelar esas madrugadas frías en las esquinas del barrio cuando el hombre me abrazaba y me lanzaba al hocico el humo que exhalaba al fumar. Los policías solo pasaban haciéndose de la vista gorda, incluso una vez me tiraron un trozo de pizza. Comparaba ambos escenarios y en mi lógica lo tenía muy claro; los trozos de carne no suplían los mejores momentos. Él siguió empeorando con los meses, se puso histérico y más maltratador. Yo dejé de comer por completo y no le importó. Una

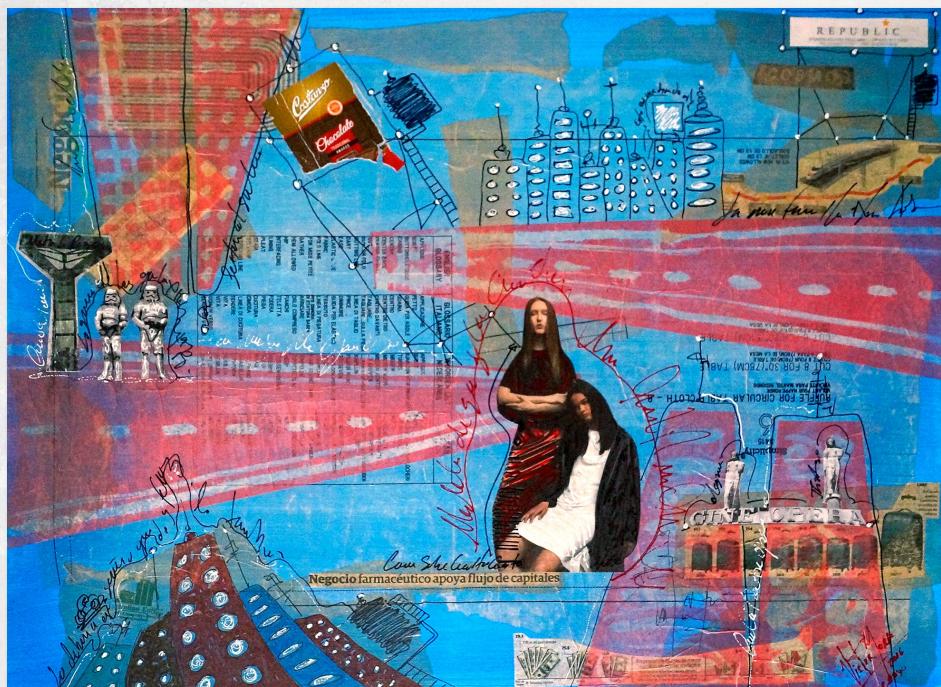
noche me puso una soga en el cuello y me llevó a un parque. Yo estuve alerta, esperando a que él haya recapacitado y regrese a su pequeño negocio y no a las grandes ligas en donde paraba estresado.

— Aquí te quedas, yo tengo que esconderme. He perdido un cargamento y me quieren matar. Si me encuentran y me matan también a ti. — Dijo con la esperanza de que yo lo entienda sin saber que yo entendía gran parte de lo que pasaba.

Empecé a aullar, las cosas iban para peor. Creo que podría soportar algunas patadas de vez en cuando, o sus arranques de ira y la ausencia de cariño. El abandono no lo iba a tolerar.

Se fue sin mirar atrás mientras amanecía. Mi corazón se rompió. Perdí la fe en la humanidad.

Al día siguiente me rescataron. Yo no comía y lloraba todo el tiempo. Hasta que uno de esos policías corruptos me reconoció en el albergue y me llevó al destacamento policial. El lugar era ordenado y había otros como yo. Al principio y con recelo me contaron qué hacían. Me asignaron un instructor. Empecé a trabajar con la única esperanza de encontrar un cargamento que me dirija a él; para que, como antes, me acaricie la cabeza y me lleve a casa.



No escuchar mal

Por *Thomas Rions-Maeiren
Estados Unidos

En el reino de los sordos,
la sonrisa es rey. la ley es dulce, y el camino
huele a lavanda. no se prohíben los
que quieren proclamar verdades bruscas; sus súplicas

desesperadas simplemente se caen
en un hueco negro. aquí, solamente habla
el dinero, adornado con los fantasmas
que nos siguen embrujando. aquí,

bailan porque no saben
que tan fea es la música;
cantan porque nunca aprendieron a
odiar sus propias voces.

ni labios ni libros leen. en el reino
de los sordos, los que oyen los llantos
fatales de nuestro planeta –
los rugidos de huracanes, los crujidos de la sequía,
las últimas respiraciones roncas de la selva –
se cree que son dementes, paranoicos, absurdos,

meciéndose con los puños llenos de cabello
en el zumbido opresivo de nuestra extinción.

*Escritor bilingüe que ha pasado la mayoría de los últimos cinco años en Ecuador. Sus narrativas han sido publicadas en la Revista Necroscriptum y en su novela, En las Manos de Satanás (Ápeiron Ediciones, 2022).

Ariete

Por *Hugo Israel López Coronel

México

Fue invitada por uno de los demonios del Astro Rey para formar parte de la corte. A los diecisiete, los árboles acostumbran echar profundas raíces, amasando cantidades enormes de recuerdos transformados en tierra. El recorrido es fácil en este país, son comunes las formas de las nubes en el horizonte; los mantos de las elevaciones, el vuelo sobre plumas y los rizos en la cara, y entonces, el rozar una piel exquisita y sentir el tacto tan ligero como el paso del tiempo, y despertar en uno de los lados con la necesidad de presentirlo, y luego, cerrar los ojos y volver abrirllos.

A su llegada hizo planes. Se sentó a la orilla del imperio y decidió probar las delicias de los senos escasos de años con esencias flotando en los rostros, bellas flores que adornan las columnas de miles de deseos que se yerguen en palacios de cuerpos aglutinados; el aire es fresco y el olvido breve.

La ceremonia la colocó en la cúspide de la gloria, aun, al lado del gran señor. Sus recuerdos se resistían a creer lo que los ojos describían, lo que ahora el presente le da. Su mirada, dominante, devora todos los detalles del reino; las costumbres, las formas de los otros bostezos, el correr de los ríos, la risa de la lluvia y el veneno sobre la piel de las sombras en los puentes. La gran plaza viste de gala para la ocasión, el vuelo de los ojos tapiza el aliento del viento y la luz se mezcla con las pieles que exudan para hacerse visibles. Ascendió la escalinata hasta la parte superior, su cabello cae y cubre el aroma con granos para alimentar a las larvas del ruido. Avanzó hasta el trono. Frente a él, el tiempo, llegó.

Las sábanas detenían el brutal impacto contra el suelo. Los brazos se anidan en el otro cuerpo mientras los torrentes vertidos en la cubeta se van quedando callados hasta morir en el silencio. Son. Palabras, necios oídos, convencionalidad, verdades, interpretación, instrumento de conquista. Me adormecen. Lo sé, sólo basta que sus labios me nombren y el océano entero ahoga los besos de mentira, de ruido. Siempre es así, esa maldita voz que por dentro me secuestra las ganas de escapar. Entonces me quedo y permanezco exánime al pie de sus deseos. Una y otra vez mis manos se extasían de piel y mi boca enmudece entre su lengua. Mi cuerpo danza sobre el suyo, las gotas de lluvia recorren su espalda y mis piernas se amontonan en las suyas. Siento sus muslos, sus caderas, su rostro con el mío. La ansiedad me posee, mis movimientos se vuelven más acelerados, siento mi carne uniéndose a la suya, siento su placer en el mío, su saliva recorriéndome, - je- e- res sólo para mí! Me dejo



caer entregando mis entrañas y duermo eternidades en un mareo repentino que me obliga a despertar varias veces al mismo tiempo.

Las trompetas sonaron en todo el reino. La pitonisa se acercó hasta estar frente a ella, inclinó la cabeza y entregando el poder del cetro, la proclamó nueva soberana. Una frágil sonrisa se deja ver en sus labios. Se pone en pie, levanta el cetro y proclama su victoria.

Cuántas veces fue despertar, mirar un perfil perfecto. Quedarme eras completas a su lado, cuidando de los sueños, de cada suspiro y de cada parpadeo. Salí al amanecer, sin hacer ruido. Él me esperaba en la cima de la montaña escondido entre la niebla. Cerré la puerta dejando al otro recostado con el sueño encima. Ninguna despertó. Yo sólo me fui. Algunos siglos pasaron y el reino crecía en tamaño, y en vida. Los cocodrilos aumentaron de peso y los bosques se hicieron verdes. Por ahí llegó, de entre las hojas, cabalgando, con el sol a cuestas.

Las trompetas sonaron en todo el reino. La pitonisa se acercó hasta estar frente a él, inclinó la cabeza y entregando el poder del cetro, lo proclamó nuevo soberano. No hubo frágil sonrisa en los labios. Se pone en pie y proclama su victoria. Entonces hizo planes y se sienta a la orilla del imperio a esperar la invitación por uno de los demonios del Astro Rey.

*Miembro fundador y coordinador editorial de la revista Óclesis. Maestro en Literatura Mexicana por la BUAP y profesor en materias del área del lenguaje y comunicación en la BUAP y otras casas de estudio.

¿Un socialismo sin Marx?

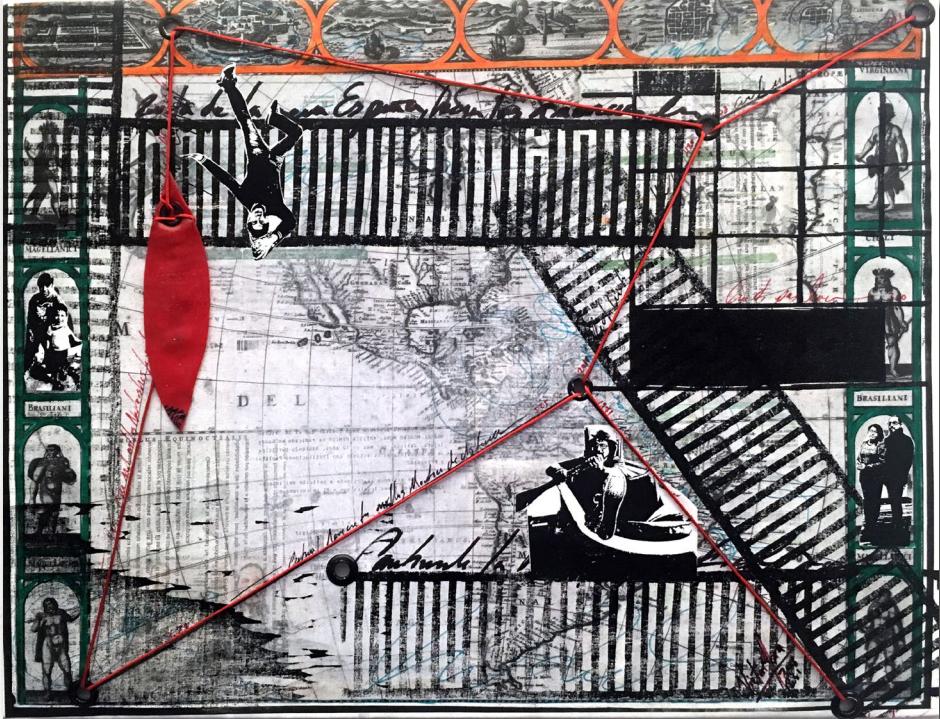
Por *Francisco Hernández Echeverría

México

Axel Honneth es un sociólogo alemán considerado el máximo representante de la teoría crítica contemporánea, quien preocupado por subrayar las contradicciones del capitalismo ha realizado una significativa contribución al campo de la filosofía social. En su famosa obra titulada *La lucha por el reconocimiento*. Sobre la gramática moral de los conflictos sociales (1992) presenta una “Teoría del reconocimiento recíproco” consistente en demostrar que lo contrario a la experiencia de la injusticia es “reconocer”, el “reconocimiento”; la humillación es la negación del reconocimiento por parte de los otros —de la sociedad. El hombre despreciado, humillado, sin reconocimiento, pierde su integridad, sus derechos, su autonomía personal y su autonomía moral.

Bajo esta perspectiva, Honneth abordará diversos problemas actuales de profundo interés, como lo podemos atestiguar claramente en su libro *La idea del socialismo*, donde afirma que es una absoluta locura prescindir de la gran idea del socialismo del siglo XIX, proporcionando varias razones para apoyar su punto de vista: en primer lugar discurre que “desde finales de la Segunda Guerra Mundial no se había aglomerado al mismo tiempo tanta gente, indignada por las consecuencias sociales y políticas que caminan al lado de la economía de mercado global sin restricciones” (pág. 15). Y desde este planteamiento alerta sobre las lamentables consecuencias que se suscitarían al prescindir cualquier idea de socialismo: “El predominio de una noción fetichizada de las condiciones sociales es el responsable de la indignación masiva, puesto que ha traído consigo una impudica distribución de la riqueza, además de que el poder, hoy por hoy, ha perdido cualquier sentido de ir en pos de un objetivo” (pág. 19).

Aquí es donde precisamente Honneth quiere buscar “las causas de la aparente pérdida de la concluyente eficacia de todos los ideales clásicos, otros o influyentes, por la cosificación destructora” (pág. 20), ya que para él es de suma urgencia para nuestro tiempo asegurar, literal, el legado del ideal socialista y sobre todo propagarlo para sembrar alternativas frente a las



condiciones políticas y económicas dominantes que son detestadas por muchos y, que en definitiva, vayan más allá de las posturas de aquellos que representan algunos sectores o subculturas de izquierda.

Ese ir más allá consiste, según Honneth, en recuperar el atractivo del socialismo por medio de la renuncia a Karl Marx y su legado filosófico, y pone sobre la mesa tres razones principales que justifican lo inevitable de tal renuncia: 1) Reprocha a la Crítica de la economía política el modelo determinista de “progreso” que impone a la filosofía de la historia; 2) Pese a que Honneth ha admitido en ocasiones que es muy difícil demostrar que cualquier institución moderna, o subsistema social, sea una esfera exenta de la lógica de la explotación, insiste en que existen varios subsistemas sociales que deben ser examinados individualmente porque siguen sus propias lógicas, lógicas aisladas o autónomas de los demás subsistemas, tal es el caso particular en el terreno de la política, el derecho y la familia. Así que cualquiera que insista en resaltar la importancia y dominio último de lo económico, incluso en los ámbitos no económicos de la sociedad, será un impertinente propenso

*Colaborador en la revista Óclessis. Maestro en Educación Superior por la BUAP. Se ha desempeñado como docente a nivel medio superior y superior en diversas instituciones educativas en la ciudad de Puebla.

a confundir la Modernidad con las condiciones sociales que estaban presentes durante la vida de Marx; y, 3) El enfoque de Marx sobre el proletariado constituye la prueba más evidente de su apego a las condiciones sociales de la época en la sociedad industrial y, con ello, a las viejas condiciones del siglo XIX.

De este modo, Honneth propone romper con la tradición marxista, como condición previa para una exitosa revitalización de la “idea real de Socialismo”, porque ésta es directa heredera del irreversible legado de la Revolución francesa al tomar muy en serio sus ideales. En el centro de esta interpretación se encuentra su hincapié en el aspecto de la libertad o, en palabras del autor, “la interacción sin restricciones de todas las libertades sociales dentro de la diferencia de sus respectivas funciones” (pág. 166). Por lo tanto, cualquier sociedad debe llamarse “libre”: “cuando cada miembro de la sociedad pueda satisfacer las necesidades que comparte con todos los demás: de intimidad física y emocional, de independencia económica y autodeterminación política, de tal manera que puede confiar en la empatía y el apoyo de sus compañeros en cualquier interacción” (pág. 166).

Lógicamente, el camino hacia este objetivo no se alcanza bajo las formas tradicionales de lucha de clases, sino sólo mediante la acción de una forma de lucha de comunicación entre los diferentes subsistemas sociales, experimentando todo tipo de propuestas e iniciativas. Para lograr esto, Honneth echa mano de un filósofo al que tiene gran estima, György Lukács, cuya obra la tomará de manera selectiva, es decir, orientándose hacia sus primeros planteamientos para intentar revitalizarlo en 2005 bajo el particular esquema de su teoría del Reconocimiento. Esboza así una vía de pensamiento alternativo, una marcha de pensamiento muy diferente que lleve precisamente a rechazar a Marx y resaltar a Lukács (en su obra temprana), con el fin de ir hacia un urgente y necesario renacimiento de la “Idea de Socialismo” en nuestro tiempo.

Algunos especialistas han criticado a Honneth su obsesión por reconstruir el socialismo, porque consideran que se trata de un fantasma muerto hace mucho tiempo. Por ello, ante tal señalamiento, la única defensa que ha presentado el sociólogo alemán consiste en declarar que la recuperación del atractivo del socialismo debe ir acompañado de una total renuncia al legado filosófico de Marx. Esta idea ha hecho saltar varias dudas en los círculos académicos y organizaciones sociales, máxime cuando el pensador de la teoría del Reconocimiento argumenta apoyarse en el joven Lukács.

Por ejemplo, el filósofo Rüdiger Dannemann le da la vuelta a Honneth y prefiere reexaminar el sentido de la obra tardía del intelectual

húngaro, puntualmente Sobre la ontología del ser social, donde rescata el concepto de cosificación. Y en este sentido, el filósofo Timo Jütten (2010) ha criticado fuertemente la versión reactualizada de cosificación que Honneth esbozo en las Conferencias Tanner de 2005, porque considera que ambas premisas en las que se basa —la cosificación debe tomarse literalmente y no metafóricamente y, la cosificación no debe verse como un daño moral sino como una patología social— no concuerdan entre sí, dado que: 1) No es posible tomar literalmente a una persona como una cosa sin que esto sea visto como un daño moral reconocible, por lo tanto, Jütten sugiere que no existen casos de cosificación literal; 2) la reconceptualización de Honneth es esencialmente ahistorical, porque se basa en un modelo antropológico de reconocimiento que claramente asemeja la cosificación con el autismo. En conclusión, Jütten insta a que cualquier abordaje que se haga al concepto de “cosificación” debe ser metafórico, para que dicho abordaje sea satisfactorio y bajo un relato histórico-social que remita a su origen.

Sin embargo, es de destacar, que estos críticos no logran distinguir la profunda y generalizada antipatía hacia el sistema económico capitalista global y las condiciones postdemocráticas estrechamente relacionadas con él.

Honneth, A. 2015. Die Idee des Sozialismus. Versuch einer Aktualisierung.

Jütten, T. 2010. What is Reification? A Critique of Axel Honneth. An Interdisciplinary Journal of Philosophy 53(3), págs. 235-256.

Lanning, R. 2016. Georg Lukács und die Organisierung von Klassenbewusstsein. Hamburgo, Alemania: Laika.

Zima, P.V. 2014. Entfremdung. Pathologien der postmodernen Gesellschaft. Francke Verlag.

ÓCLESIS

VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO

CONVOCATORIA

REVISTA NO. 14 (JULIO-DICIEMBRE 2023)

TEMÁTICA LIBRE

POESÍA
CUENTO
ENSAYO

BASES

Enviar al correo:

oclesis.mx@gmail.com

Características:

- Formato Word, con tipografía Times New Roman, a 12 puntos e interlineado de 1.5.

Asunto del correo:

- Revista 14/nombre autor(a)/País

(NO SE TOMARÁN EN CUENTA
PROPUESTAS QUE NO
TENGAN ESTAS
ESPECIFICACIONES).

LINEAMIENTOS

En un solo documento formato Word anexar:

- Nombre completo del autor(a).
- País de origen y breve reseña curricular de dos líneas.
- Nota breve que exprese la autorización de la publicación de la obra en revista y/o página web (sujeto a aprobación del comité editorial).
- Solo se acepta una propuesta literaria por autor, inédita y original.

El documento en formato Word debe ser nombrado de la siguiente forma: *Autor/Título de la obra/País*.

EXTENSIÓN

Cuento:

- Una obra de máx. 3 páginas.

Poema:

- Una obra de máx. 2 páginas.

Ensayo:

- Una obra de máx. 4 páginas.

(Usar formato APA 7).

FECHA LÍMITE DE RECEPCIÓN:
14 DE MAYO DE 2023



ÓCLESIS, VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO



OCLESIS.MX



ÓCLESIS MX

ÓCLESIS

VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO

¡PÚBLICA CON NOSOTROS!



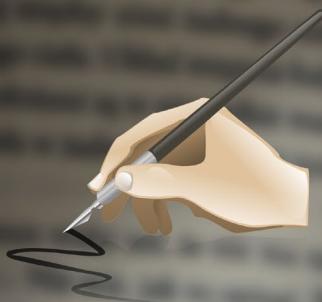
ENSAYO



OBRA GRÁFICA



CUENTO



POESÍA

WWW.OCLESIS.COM.MX



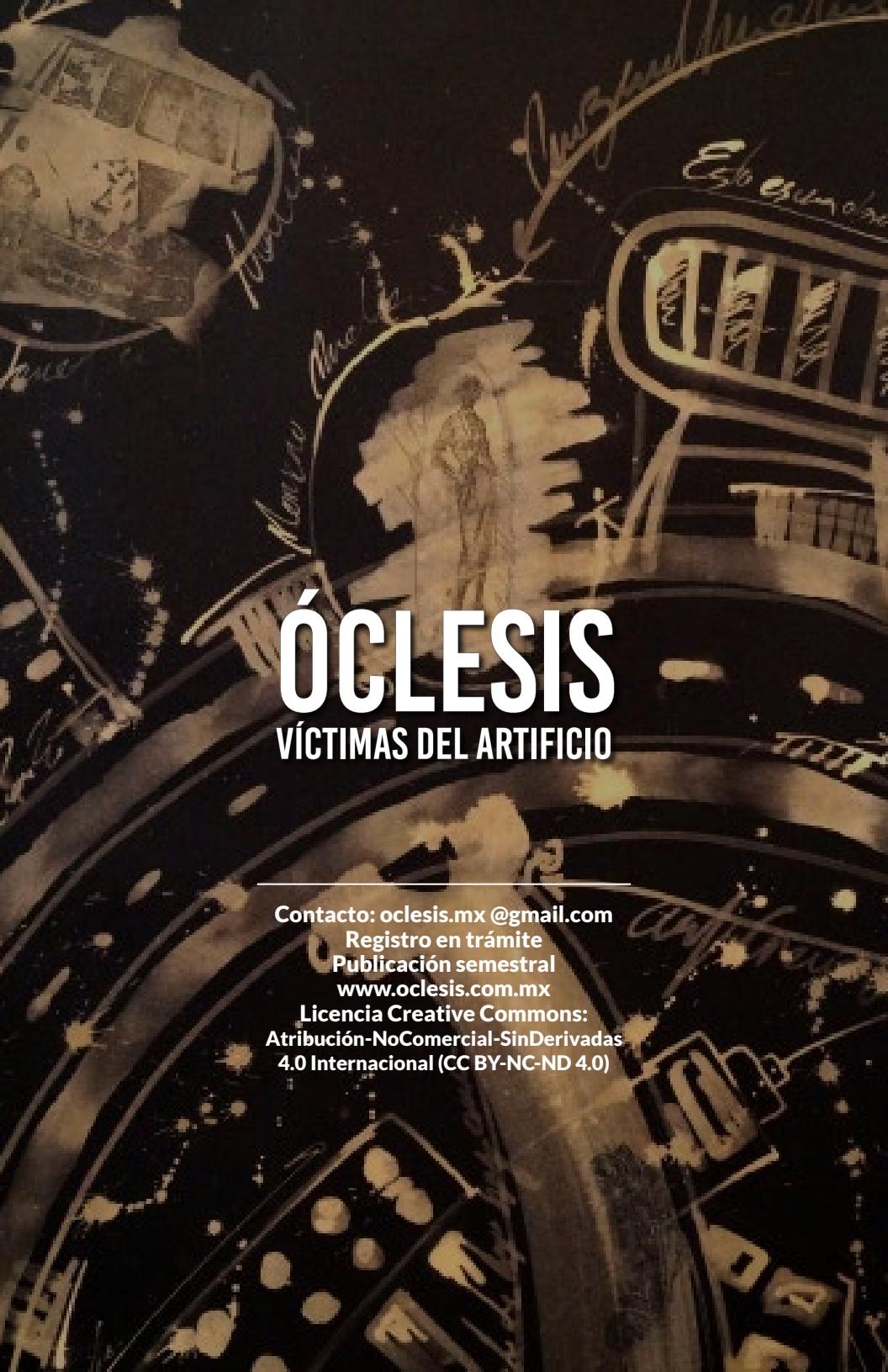
ÓCLESIS VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO



@oclesis.mx



Óclessis MX



ÓCLESIS

VÍCTIMAS DEL ARTIFICIO

Contacto: oclesis.mx@gmail.com

Registro en trámite

Publicación semestral

www.oclesis.com.mx

Licencia Creative Commons:

Atribución-NoComercial-SinDerivadas
4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)